

Metáforas de amor en la poesía de Juan Colón Castillo

Luz Severino

Luz Severino



Gabriele Morelli

Es investigador, autor y editor. Estudió lengua y literatura. Es filólogo y catedrático de la Universidad de Bérgamo. Completó sus estudios en Salamanca y obtuvo su grado de Doctor en la Universidad Bocconi, de Milán, con una tesis sobre Miguel Hernández. Está considerado como el decano de los hispanistas italianos. Es miembro de la Asociación de Hispanistas Italianos (AISPI), de la que fue presidente; en el ámbito académico es considerado como uno de los principales especialistas en literatura española e hispanoamericana, en particular la de los años de la vanguardia y la generación del 27.

Ha recibido varios reconocimientos literarios, entre los que se encuentran la “Cruz de Isabel la Católica”; el “Premio Cervantes de Traducción Literaria en Italia”, por la versión de la novela *“Puerto de sombra”* de Juan Chabás, y el “Premio León Felipe”, del Ateneo de Madrid. Además, el Instituto Cervantes le otorgó el “Gran Premio Ñ del 2022”, como reconocimiento a su destacada labor en la difusión internacional de la lengua española.

Ha compilado y editado los epistolarios de Vicente Huidobro (1918 y 1947), junto con Gerardo Diego, Juan Larrea y Guillermo de Torre; la colección de cartas de amor de Pablo Neruda; el epistolario inédito de Miguel Hernández; y el de Darío Puccini con Josefina Manresa viuda de Hernández (1961 y 1971). Además escribió el prólogo del libro *Las manos del silencio*, del dominicano Juan Colón, y fue uno de los jurados del Concurso Internacional de Poesía de Milán, Italia, donde dicha obra resultó ganadora del primer lugar.

Metáforas de amor en la poesía de Juan Colón Castillo

Gabriele Morelli

RESUMEN

Este escrito analiza la poética del dominicano Juan Colón, de manera específica las metáforas de amor contenidas en su obra *Las manos del silencio*.

Palabras claves

Metáforas, amor, poesía, escritor, dominicano.

ABSTRACT

This paper analyzes the poetics of Dominican writer Juan Colón, specifically the metaphors of love contained in his work: Las Manos del Silencio (The Hands of Silence).

Palabras claves

Metaphors, love, poetry, writer, Dominican.

Existe una poesía que podemos llamar del absoluto, en el sentido de que el yo y su referente, el otro, en este caso la otra, la amada “como aparece en este hermoso libro de líricas *Las manos del silencio*, del dominicano Juan Colón”, ocupa todo el espacio poético y crea un universo metafórico que rompe cada gramática y sintaxis, y no solo rompe un sistema de signos codificados, sino que también distorsiona o inventa una realidad que no existe. Damos un ejemplo tomado de la primera poesía “Ahora que te fuiste”, que recita en los primeros versos:

Ahora que te fuiste, te encuentro
en esas cosas que nunca fuiste:
en el duermevela, en la garganta de los sueños
que aún no son tu nombre.

La imagen de la musa amada ocupa toda superficie concreta o imaginaria de la realidad, incluso la frase “en la garganta de los sueños” que “aún ignoraban tu nombre”. La impresión es que en esos versos de Juan Colón, los hombres, la vida y la naturaleza con sus estaciones y paisajes multiformes, están regulados por la presencia o ausencia de un tú “siempre la amada” que ocupa todo el espacio poético. Una prueba convincente se encuentra en la cuarta lírica “Robo a ojos armados”, en la que el autor examina la historia y la filosofía humana desde la caída de Troya hasta la guerra de liberación de Bolívar y concluye:

Toda la historia de la humanidad se justifica,
en el preciso instante que tus ojos en leche
de jazmines,
en mí dejaron su desnudo.

El poeta propende a buscar una definición de la persona amada, de la que quiere fijar y restituir un retrato que existe en su mente y en su corazón, y que de todos modos, abarca todas las posibilidades de la realidad sentimental, presente en una geografía que a veces recuerda el léxico burgués (“en los enigmas de Estambul / en la otra orilla del silencio”); o también proviene de la realidad cotidiana y más específicamente de la vida latinoamericana, de la danza del bolero que entra en la sangre, en el cuerpo, embriagado de felicidad y de nuevo se transforma en la substancia de la que están hechos los sueños, como recita la lírica “Estabas también allí”. Otras veces, el poeta crea un segundo espacio que aleja y separa al yo del referente directo. Es una distancia necesaria para describir mejor los efectos y consecuencias de la ausencia de la amada. En cambio, es más frecuente cuando la cercanía es un elemento concreto,

asistimos a una epifanía de sentidos que superan el ámbito de su pertinencia y actúan intercambiando roles y sus límites, como vemos en la composición “El camino donde van nuestros pasos” donde al final ella, siempre ella, adquiere la esencia gramatical de un pronombre.

El camino donde van nuestros pasos de
manos,
donde un perfume de silencio toca el alma.
Tú, extraviada de luz, trepada de canela, de
jazmines alta.
Las manos de nuestros ojos propagan el
fuego [...]
vuelvo a las calles donde no soy ni eres sino
solo un pronombre,
pero están tan cerca que me rozan los
racimos del sueño.

Continuamos leyendo las líricas del libro *Las manos del silencio* y en “Esta noche tú” encontramos los elementos del “citacionismo” clásico característico de la rica cultura del autor que evoca “las bailarinas de Degas”, “el viaje hacia Ítaca”, el Cid y también a Ulises y sus mares. Sin duda la ola vehemente de la pasión de Juan Colón encuentra, como momento ideal del gran amor que vive, la poesía. Un libro, pues, de abierta confesión en el que la palabra poética y la situación de habla más idónea para acoger el contar el flujo de las emociones profundas vividas del yo. En realidad, lo que la escritura devuelve son solo fragmentos de vida que se convierten “en irrealidad de la existencia”, tomada de la fantasía que todo lo transforma: todo acto de amor es un milagro, un don que nuestra existencia regala. Tal ímpetu, tal fuerza interior explica la brevedad de algunos textos que parecen agotarse en pocos versos. A veces, como en la lírica “Pongo trampas a la música”, el abrazo íntimo se produce a través del hilo conductor ligero y penetrante de una onda musical con la que el poeta entra en el cuerpo de la amada, allí donde todo se confunde y las preguntas no tienen respuestas, sumergidas en el flujo de la felicidad que todo lo abruma:

¿Tropezaré con tu vientre al borde de mi
alma?

¿Dónde irán mis raíces cuando abras la
puerta a los perfumes?

Ignoro las preguntas a las respuestas.

¿Cómo será, sin pies, ciego, sordo, ir por tus
noches de espectros musicales?

Sucede que la misma cotidianidad puede ser inútil y tediosa si carece del abrazo amoroso, y solo cambia cuando éste último ocurre. En la lírica “Ayer fue un día de nulo”, el lector puede asistir al paso repentino de un día sin vida al lleno de felicidad que regala la entrada nocturna de la mujer que entra en la habitación donde le espera el poeta, se desnuda y se acuesta “en el centro mismo de mis pétalos carnosos”. El léxico metafórico es el mayor instrumento que posee el dominicano Juan Colón, y le permite alcanzar momentos de alta poesía sin renunciar nunca a la narración de la cotidianidad.

En el texto antes citado, el “cansancio lunar” de la mujer “llovía a cántaros en el silencio” y la ventana “inventaba paisajes en tu mirada”. En definitiva, es ella, siempre ella, mensajera de amor y belleza, quien transforma de golpe un día aburrido e inútil en un momento de gran alegría y gratitud. También la música es un medio que lleva a la conquista del corazón y del cuerpo de la mujer, y el autor se pregunta: ¿cómo será el viaje ligero de la luz que lo lleva hasta ella, a su boca y al beso? Y sigue preguntando: ¿cómo será el viaje sin el peso de la luz, caerá en su vientre sobre el borde de mi alma? ¿Y dónde irán mis raíces cuando ella abra la puerta de los perfumes? Tantas preguntas encomendadas a metáforas de extraordinaria belleza que afrontan de modo evidente la realidad, aun aquella secreta de la intimidad sexual, sin caer nunca en un realismo fácil; por el contrario, transformando todo en una fuente viva de vida y poesía.

En este esfuerzo de acercamiento y captura del vocablo para restituir la palabra justa de la mente y del cuerpo, lo que más convence no es tanto

la veracidad de la imagen “ya que en el universo poético nada tiene confines claros y definidos” sino saber cómo capturar y restituir el sentido de la lejanía y la privación del amor a una geografía lejana. Por ejemplo, en la ciudad de San Petersburgo, sucede en la lírica “La ausencia de un crepúsculo” donde incluso el recuerdo de la falta de una noche dorada crea tanta melancolía sin la persona deseada hasta el punto de que el viajero vive una “ternura olvidada / en algún lugar de la nostalgia”. Un elemento importante que caracteriza la escritura del libro y la falta de títulos en numerosas composiciones, sustituidos por el primer verso.

La pregunta que nos ponemos tiene como única respuesta la imposibilidad de una definición única y total del contenido que escapa a una denominación precisa y puede mermar el sentido múltiple y el significado profundo de la lírica. Son numerosos los momentos en que la experiencia amorosa “una y otra vez la vivida con la amada” constituye una realidad que se convierte en metapoesía en las formas evocadas de su gramática y sintaxis. Como en estos versos de la lírica “Justo a las 03:10”, donde “una mujer / alojó en un poema inconcluso [...] evito los gerundios”. La repetitividad del tema, con todas sus variantes, acontecimientos y estaciones diferentes, implica el mismo instituto formal de la poesía. Lo vemos en el texto “Apostamos que no te atreves”, donde el lector recibe la respuesta en el primer verso, con lo que se crea un vínculo que evidencia una dilación entre el enunciado del título y su desenvolvimiento. No se trata de una pausa, una ruptura, una distorsión de la regla, sino de una nueva forma de leer y atar los pensamientos de su sintaxis, y recurre también al espacio en blanco del texto para indicar no una duda o una incertidumbre, sino la invitación a considerar el flujo de pensamientos en su tiempo interior.

La operación se repite en el título de la lírica “Apostamos que no tienes coraje”, a la que responde el verso 1: “A prestarme una tarde de lluvia sujeta en tus manos”. El título entra luego en el texto, a la mitad de la lírica, y más que un desafío lanzado por la otra persona con la que el

autor teje el diálogo es una provocación que el poeta se hace a sí mismo: seguir buscando en la amada el secreto de un estado de felicidad que solo ella posee y es capaz de regalar, como declara abiertamente el poeta:

Quiero encontrar
ese secreto mío que solo tú posees
sin saber si es de lluvia, carne o
transparencia.

Aquí la línea creada por los tres sustantivos finales todos femeninos hace difícil su identificación; ciertamente éstos postulan un estado de gracia y felicidad que solo la mujer de su corazón posee. Es significativo que el valor metafórico supere la pertinencia de sus significados, ya que todos aluden a un secreto: “Ese secreto mío”, precisa el autor, desconocido aún por él. Cuanto más se acerca el poeta a ella, la describe, más la ola de felicidad penetra en el yo, lo conquista y lo embriaga interiormente hasta convertirlo en “un niño correteando, travieso, una tarde en tu rutina insoportable de felicidad”.

Y con el abrazo amoroso, todo cambia: los días de la semana son domingos, arden en el corto tiempo de abrazos, el aire tiene “el perfume de los almendros” y la luz del día 5 crece “como un árbol cuyas ramas / anuncian amapolas inexploradas”. Siempre es naturaleza la primera que responde a la llamada del corazón y a marcar el tiempo con sus latidos interiores. No es solamente el presente que prepotentemente entra en la poesía de Juan Colón; con mayor frecuencia es el pasado que sigue viviendo y acompañando al poeta, como sucede durante su viaje a San Petersburgo, ciudad ya mencionada en el libro, que ahora vuelve a aparecer en la lírica “Tú aún no lo sabes”, dictada por la nostalgia que crea toda distancia de la persona amada. En la blanca noche de la romántica ciudad rusa, entre los cantos del Katyusha y el vodka, el poeta dialoga con la mujer lejana ya que “Einstein tenía razón, el tiempo es relativo; la amé toda la vida aquella tarde”.

Hay momentos frecuentes en los que el poeta regresa al presente, vive el instante: son los momentos radiantes los que rompen toda dilación y elemento de la realidad cotidiana. El título “Ella entra” es una imagen cinética. La descripción de los gestos y la plenitud del acto de amor son una fiesta de los sentidos que el poeta restituye con la fuerza de su léxico metafórico que rompe todo obstáculo, supera toda incongruencia, obliga a ver relaciones entre imágenes reales y abstractas que encuentran su conjunción en la poesía de Juan Colón. El tiempo del presente ayuda a comprender la acción en su devenir, como aparece en estos versos donde el tú y el yo se alternan para mimar los momentos del abrazo en el recuerdo del paisaje lejano de la Grecia clásica, y demostrar que la persona puede estar cerca de nuestra mente:

Ella entra; deja sus besos entre mis libros,
pone al silencio como un niño sin oficios.
Pone su frente entre el pasado y mi alma.
La veo desnuda en mis ojos cerrados,
acaricio la certeza de sus colinas y la siento
caliente
como la cera del monte Himeto ante el sol.

Ciertamente la poesía del autor dominicano construye una gran red metafórica que une el mundo de la pasión amorosa con el paisaje alrededor, las estaciones y los lugares de la existencia. Todo se une y encuentra, sin aparentes rupturas, las razones de la unión de la convivencia. Asimismo, los diferentes momentos de la pasión y de la vida se funden: los sentidos trascienden su lugar de pertenencia y se convierten en una red de encuentro y fusión entre las diferentes formas de vida. Así sucede, por poner un breve ejemplo, en “El olor a rumores de puertos” que describe el momento de las despedidas y de la partida de “aquella quebrada luz de los abrazos”. También “la cercanía de una sonrisa” es “un pájaro que intenta dejar su sangre en los invisibles paisajes del viento”. Aquí asistimos a una mutación continua, a un proceso incesante de metamorfosis que el poeta restituye como fuerza dinámica creada por la palabra poética.

Las pocas veces que el tema sale del motivo amoroso “como en la lírica “Escribo agua”, las imágenes de la naturaleza convocadas entran prepotentemente en el texto formando parte del mismo poema: “Pájaros, peces, hierbas, acantilados y mi propio rostro se extienden como niños hacia este cuaderno, para permanecer en los versos del agua”. Infinito y persistente es el deseo de amor por la amada que forma un unicum, donde el poeta mira con los ojos de ella, para conocerse mejor, para descubrir, a través de los insomnios y tormentos vividos, cómo él es realmente: “Sabíéndome mirado mientras veo tu rostro”, como recita el verso final de “Quisiera mirarte”.

El libro se cierra con la lírica “Muchacha lavandera”, que para los lectores de Neruda muestra vínculos con la poesía número XXIX de la colección *Cien Sonetos de Amor*, dedicada a Matilde Urrutia. En ella, el poeta chileno recuerda la figura de la “madre lavandera” y, en general, aduce a la pobreza de la región del Sur, motivos que unen a las dos personas y los dos poemas. Concluimos con estos versos finales de *Las manos del silencio*, un libro que en nuestra opinión constituye un legado poético de extraordinaria fuerza metafórica y de gran novedad:

Muchacha lavandera
por las frescas raíces del agua,
llega tu claridad de antigua angustia,
que no será un enigma en los labriegos
corazones que encendieron el alba.



Lavandera. Fuente: Freepik.